

PRÓLOGO

¿Es menos moderno que Descartes Blaise Pascal, veintisiete años menor que el autor del *Discurso del Método*, matemático precoz y místico, a quien una memoria hecha de citas asocia menos con la razón que con la infalibilidad del corazón? Una costumbre que comenzó el siglo pasado, y que se hizo tranquila equivocación en los manuales, hacía que el nombre de Renato Descartes, acompañado a veces por el de Bacon, apareciera en la memoria (sin el de Pascal) apenas se pronunciaba la palabra Modernidad. La costumbre cambió un poco por obra y gracia de una paciente erudición que, iniciada hace ya unos buenos setenta años, puso en crisis las fronteras mal trazadas entre el pensamiento de Descartes y la tradición anterior, y que dio como resultado ejemplar, aunque no único, los *Études sur le rôle de la pensée médiévale dans la formation du système cartésien* de Étienne

Gilson. Sin embargo, aunque se hiciera evidente que problemas y nociones importantes en su pensamiento provenían en buena medida de santo Tomás, de Suárez y de manuales escolásticos leídos en la adolescencia, Descartes siguió siendo moderno para las historias de la filosofía que rara vez le otorgaron a Pascal un espacio llamativo. Pero una opinión reciente, que trata de hacerse costumbre con el favor de la ficción postmodernista, decide que la Modernidad comenzó más o menos cuando la muerte de Descartes (1650) y la de Pascal (1662) merecían ya los honores del primer centenario: modernos fueron los pensadores de la Ilustración; modernos fueron los firmes creyentes en la radical autonomía humana y en la esclarecida razón científica. La datación es comprensible: quienes se consideran postmodernos insisten en que el mundo vive hoy - y desde hace algunas décadas - en la decepción y en el desengaño producidos por el fracaso de una razón altanera, segura de su capacidad constructiva y normalizadora; sostienen, por consiguiente, que las formas posibles del pensamiento y de la vida son el desenmascaramiento de un sujeto que pretendió ser la fuente pura de normas y la afirmación práctica de un pluralismo incompatible con ideales de universalidad regulativa. Y es bien claro que lo más opuesto a eso fue el ideal de la Ilustración, aun cuando aquella vieja costumbre aclimatada en los manuales le atribuyera a Descartes el ejercicio de la razón arrogante.

La discusión sobre fronteras del pasado siempre tiene que ver con la necesidad de afirmar algún modo de concebir el presente y de apostar al futuro. Pero la cuestión acerca de dónde han de plantarse los mojones de la Modernidad no obliga a olvidar la intención de la pregunta del inicio; a lo más, nos aconseja darle un giro. Para hacerlo, hay que refrescar una trivialidad: la aplomada confianza de la Ilustración fue ni más ni menos que uno de los resultados posibles de las seguridades y de las perplejidades del siglo xvii; sin ellas, la Razón del siglo xviii habría sido un puro y estricto milagro; dadas ellas, esa Razón podría haberse no dado. Demos el giro: ¿quién de los dos, Descartes o Pascal, es más decisivo para el rumbo del pensamiento? Pregunta insatisfactoria porque parece suponer que, desde ellos a la Ilustración y desde ésta todavía por un buen tramo, hay un camino real y que, por fuera de él, sólo hay senderos que acaban en ningún lugar de la Historia. Concedámonos otra formulación: ¿comparten estos dos hombres, que pertenecen a dos generaciones sucesivas,

algo fundamental en el pensamiento filosófico y científico de los cincuenta años que van desde la adolescencia de Descartes hasta la muerte de Pascal? Decididamente, sí. Además de la genial pasión por las matemáticas, comparten el amor de la Sabiduría. Pero la pregunta se interesa por la existencia de algo así como un núcleo en alguna manera común. También en este sentido puede ser respondida positivamente, con tal de que «común» ni indique acuerdo ni impida la oposición: comparten la idea, para ellos fundamental, de una perfección que tiene grados y que se da de manera absoluta, y como *fons et origo*, en un Infinito positivo. Pero ése es un supuesto general del pensamiento del siglo xvii. Hay algo más que ellos comparten, y que importa porque es justamente lo que los separa: la cuestión acerca de la posibilidad de que el Infinito sea y no sea el Dios de la fe. Descartes y Pascal son creyentes. Pero Pascal es un creyente de talante místico, sobre todo a partir de su segunda conversión religiosa, en 1654, que lo transforma en un estricto jansenista polémico. Descartes es un creyente de tonos moderados (sus maestros jesuitas de la Flèche le contagiaron la modestia, escribió Alain con mordacidad). Para el autor de los *Pensamientos*, el Infinito es el mismísimo Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob; es el Dios de Jesucristo y no el de los filósofos. Infinito viviente que crea la realidad e interviene en la historia del mundo y de cada alma con eficacia irresistible. El Infinito del autor de las *Meditationes de Prima Philosophia* no se opone a ser el Dios de la fe, pero no se preocupa demasiado por serlo. Sin embargo, los dos hombres afirman que el Infinito es incomprensible. Para Pascal, esa incomprensibilidad es aceptada, en apuesta ventajista, por un corazón cuyas razones la razón no conoce: creer no es menos razonable que no creer y creyendo se puede ganar y nada se puede perder; por lo tanto, lo razonable es apostarle a la fe. Para Descartes, esa incomprensibilidad es afirmada por una razón que encuentra en sí misma las pruebas de la existencia del Infinito incomprensible, fundamento de toda certeza.

Lo que une y lo que separa a Descartes y a Pascal con respecto al modo de concebir el Infinito positivo y al modo de afirmar tanto su existencia como su incomprensibilidad, hace que ellos dos sean anverso y reverso del pensamiento clásico francés. Es un pensamiento sobre el Infinito incomprensible, sobre el mundo y sobre el yo, al mismo tiempo. Por el anverso, es el pensamiento de una razón que es

cogitatio y que, por serlo, no puede dejar de ser todo lo que *cogitare* (pensar) significaba en ese siglo: analizar, deducir, intuir, sentir, imaginar. Por el reverso, es el pensamiento de un corazón cuyo *élan* es razonable y, en ciertos casos, infalible. Para muchos la razón cartesiana sigue siendo la iniciadora de las pretensiones que, formuladas para siempre jamás por la Ilustración, son abolidas, según los discursos postmodernos, por la realidad de este siglo que ya se precipita hacia su fin. ¿Dicen esos mismos discursos, de algún modo, si alguna de las pretensiones pascalianas tiene derecho a perdurar (por lo menos el patetismo de ese yo que, frágil caña pensante, se estremece al darse cuenta de que se halla perdido en una esquina de un mundo que es un mísero punto en el universo)? No es creíble que puedan decirlo: el patetismo de Pascal, de muy otra laya, es impensable sin la idea de Infinito positivo, sin la idea de perfección, sin la decisión de no caer en la tentación del escepticismo.

Los eruditos trabajos de este volumen no hablan de Pascal. Pero la ocurrencia de introducirlo me la sugirieron las páginas que aquí quedan prologadas. Ellas se ocupan sobre todo del pensamiento de Descartes. Cuando parecen ocuparse de otra cosa - el lejanísimo y árabe *Liber de causis* o la dichosa novela de Umberto Eco - también están inclinados sobre *meditaciones* cartesianas o, para ser más exactos, estas meditaciones de Jean Paul Margot se ocupan de páginas y de ficciones medievales porque se interesan por la naturaleza de una vasta metamorfosis del pensamiento y de la cultura, en la que Descartes es una referencia inevitable y mayor. El Descartes de este volumen es el de un pensamiento de crisis; de una crisis llamada modernidad desde hace mucho y que, si hace pensar en la Ilustración, es porque ahora sabemos o creemos que sus ideas se orientaron de manera notable en ese sentido. El *Liber de causis* viene al caso en este volumen porque la historia de su utilización medieval permite hablar de los cambios en las concepciones acerca de Dios, del mundo y del conocimiento desde Aristóteles hasta ese siglo xvii cuyo pensamiento no se entiende sin su referencia inevitable y necesaria al Infinito positivo. Los frailes mendicantes - sabios británicos o ignorantes *fraticelli* - aparecen también, en algunas páginas próximas, porque se mueven en el mundo práctico, religioso y filosófico que el nominalismo ayuda a transformar. Y el nominalismo, que es crisis de la razón en la primera mitad del siglo xiv, prepara los caminos de los siglos venideros y es

un ingrediente de una modernidad del siglo xvii. Descartes es uno de sus rostros; Pascal, otro (lo introduje aquí por eso). En pocas palabras: en las diversas investigaciones de este volumen, Jean Paul Margot se ocupa de una Modernidad que es crisis y no seguridad; de una Modernidad que no es la de algunas grandes páginas de grandes ilustrados. ¿Se podrá decir entonces que este Descartes tiene algo de postmoderno? Una cosa es no pertenecer a una Ilustración que ni se ha dado ni se puede profetizar y otra, muy distinta, es estar más acá de las ilusiones reales o supuestas de esa Ilustración. Dedicarse a comprender esas crisis y esos siglos es un buen modo arduo de entender mejor, por contraposición abierta, este más acá.

Lelio Fernández